



En el año 2005 Steve Jobs pronunció un discurso en la Universidad de Stanford donde explicaba cómo había dejado sus estudios universitarios, pero que en los pocos meses que había estado matriculado asistió a un curso de caligrafía que le pareció interesante y donde aprendió tipografía. Pasado el tiempo y cuando se enfrentó al diseño de su primer ordenador Macintosh, aquel seminario y todas sus letras aparecieron en su cerebro creando los caracteres que hoy utilizamos en todos los sistemas tecnológicos: «diseñamos el Mac con eso en su esencia. Fue el primer ordenador con tipografías bellas», a esta casualidad del aprendizaje se refirió Jobs como 'conectar puntos' y aclaraba que era imposible unirlos «mirando hacia el futuro cuando estaba en clase, pero fue muy, muy claro al mirar atrás diez años más tarde».

Con este sencillo ejemplo Jobs mostraba el camino de lo que debe ser una institución de enseñanza superior; la universidad debe hacer todo lo posible para que sus estudiantes logren en su vida profesional conectar esos puntos. Mirar atrás y que el conocimiento adquirido fluya solo se consigue con el esfuerzo docente –contamos con excelentes profesores en la Universidad de Salamanca con una creciente visibilidad internacional, pero que necesitan que se ponga en valor su diario desempeño como investigadores y profesores–; con el compromiso de unos estudiantes –que no sólo tienen el derecho a una enseñanza superior sino que también deberían ser conscientes del privilegio que supone la oportunidad de

IZASKUN ÁLVAREZ CUARTERO
PROFESORA TITULAR DE HISTORIA DE AMÉRICA DE LA USAL

CONECTAR PUNTOS



aprender–; con un respaldo financiero por parte de los gobiernos estatal y autonómico –que no escatime recursos, que sea comprometido y estable–; con la demanda empresarial –que reclama cubrir sus necesidades con graduados altamente capacitados y a los que debe valorar con incentivos y sueldos competitivos– y con el apoyo social que nos exige constantes respuestas a los retos e interrogantes que continuamente plantea un siglo XXI repleto de incertidumbres. Es esta la Universidad que todos deseamos, pero para lograrlo necesitamos del compromiso de todos estos sectores y la confianza en nuestras capacidades. Nuestro objetivo debería ser fomentar en los estudiantes una actitud positiva para estar en continua disposición de adquirir conocimientos y de aprender; el término learnability o aprendibilidad es ya una realidad en las universidades más prestigiosas que alcanzan los rankings de excelencia internacionales.

La preocupación por nuestra posición en estas clasificaciones sirve para desacreditar intencionadamente a nuestra Universidad o dar motivos para escatimarle fondos porque no es visible en dichas listas. Lamentablemente vivimos en una sociedad influida por la tradición taxo-

nómica anglosajona. Las universidades de la Ivy League estadounidense son privadas (Princeton, Yale, Harvard, Columbia, Brown, Dartmouth College, Cornell, Pensilvania) y sólo para que sirva de ejemplo: uno de los 12.000 estudiantes que estudian en Yale cada año debe abonar 42.300 dólares de matrícula más 13.000 dólares de alojamiento; la universidad tiene en nómina a 4.140 profesores, 9 de ellos galardonados con el premio Nobel. Esta Universidad cuenta con un presupuesto de 3.500 millones de dólares. La Universidad de Salamanca y el resto de universidades españolas, si las comparamos con estas cifras, nunca podrán competir con estos presupuestos. Tal vez, esta información no la conozcan aquellos que insisten continuamente en esta desequilibrada e injusta comparación y en descalificar la enseñanza pública y a sus funcionarios. Ahora bien, si es posible fijarnos en otras universidades europeas de igual tamaño que la nuestra y de titularidad pública como la Universidad de Manchester, que con 40.000 estudiantes es la más grande de Reino Unido y se sitúa entre las setenta mejores del mundo, eso sí con 700 millones de libras de presupuesto, el triple de nuestro límite de gasto para el 2017

que es de 233.754.225,07 de euros y 30.000 estudiantes. La diferencia no sólo lo marca el presupuesto sino también la planificación universitaria, ese es su éxito.

La investigación en Ciencias y Humanidades necesita de un plan de acción competitivo, de calidad, bien dotado económicamente, con criterios estables en el tiempo, y que tenga en cuenta las necesidades de los Departamentos e Institutos de Investigación. Los proyectos de investigación los diseñan los investigadores, no los políticos; nosotros somos los especialistas y las instituciones de gobierno deben escuchar nuestras propuestas y apoyarnos para convertirnos en un pilar de conocimiento y de ayuda para el progreso. Las subvenciones para la investigación en el campo de las Humanidades son irrisorias, pero lo que es realmente lamentable es que se invierta tan poco en un área de conocimiento estratégica en una autonomía donde el turismo y el patrimonio suponen uno de sus ingresos más importantes. Quiénes mejor que nuestros estudiantes para trasladar a la sociedad la importancia de proteger y «vender» dicho patrimonio y atraer al turismo. Planificar la investigación de la mano de las empresas y unirla a la realidad empresarial exige un permanente diálogo con nuestros docentes y no fotografías en portadas de periódicos. Si queremos dar el salto de una universidad artesanal a una universidad que «conecte puntos» debemos ser sinceros y realistas con la comunidad universitaria, abrir los cauces para que las ideas fluyan, escuchar con generosidad a nuestros investigadores y luchar por los pro-

yectos que merezcan la pena. Asimismo, es vital para nuestra supervivencia en el siglo XXI adaptarnos a las demandas sociales, transformar grados, ofertar nuevas carreras, siempre atentos a las transformaciones sociales. Al mismo tiempo es necesaria la colaboración interuniversitaria para no duplicar esfuerzos, conformar alianzas con universidades europeas y aprovechar los recursos que la Unión Europea nos brinda y, desde luego y de manera rotunda, apostar con proyectos meditados y reales por la colaboración con América Latina, un espacio nada despreciable de conocimiento y cada día más competitivo. Aprovechar la experiencia de sus universidades y captar estudiantes altamente cualificados pueden suponer un salto extraordinario para sumar fortalezas en nuestra competitividad y posicionarnos en el Espacio Eurolatinoamericano de Educación Superior como líderes indiscutibles.

La gestión universitaria debe ser transparente y sus administradores deben tener el inequívoco compromiso de trabajar para el bien común, dejando de lado sus propios intereses. La Universidad de Salamanca es un transmisor de conocimiento y de riqueza para nuestra región, es el vehículo para que los ochos siglos de existencia que pronto cumpliremos nos sirvan para darnos un nuevo impulso, y que nuestros futuros egresados recuerden las palabras que Steve Jobs pronunciaba ante los estudiantes de Stanford: «no puedes conectar los puntos hacia adelante, sólo puedes hacerlo hacia atrás». Ese debe ser nuestro objetivo para los próximos años.